

LETRAS

Letrillas

LETRONES

DIARIO INFINITESIMAL

NOCHE BLANCA

Camino a la Universidad a dar clase, me acosa una hambre canina. Apuro el paso, allá en Tezonco me espera una quesadilla al comal con quesillo derretido y salsa verde, mordisqueada al tiempo que hundo la cuchara en una buena sopa caliente de fideos, la más mexicana de las sopas. Entonces recuerdo el hambre bestial en el horroroso asedio de Leningrado por las fuerzas nazis, sobre el que acabo de volver a leer algunas páginas francamente atroces, y siento no sé qué vaga vergüenza de que voy a nutrirme razonablemente bien antes de pasar al salón. Una de las más asombrosas capacidades humanas es la de sentir culpas inmotivadas, inauditas a veces.

En la Revolución, cuando el populacho asaltó las tumbas de los zares, Lenin los dejó saquear y destruir, pero prohibió que se tocara la tumba de Pedro el Grande, a quien respetaba.

Y pienso en Leningrado, hoy de nuevo San Petersburgo, Venecia del norte y del Siglo de las Luces. Una Venecia europea, sin elementos orientales, y rigurosamente prevista, *id est*, dibujada en plano por el activismo del zar (voz que viene de César) Pedro, una Venecia con banquetas de granito rojo, piedra con la que se esculpieron siglos atrás los faraones hieráticos y los dioses zoológicos de los egipcios. Ahí dos cosas:

Una mañana de domingo, temprano, salimos rumbo al Museo de Dostoyevski, y al pasar por un pequeño jardín que enmarca un edificio de apartamentos no muy alto, mi mirada encontró a cuatro viejos, un hombre y tres mujeres que estaban ahí sentados, conversando. La reposada escena me pareció muy europea, y luego de pronto pensé: “lo que habrán vivido estos viejos, debe haber sido tremendo”.

Primero la suspicacia de Stalin y sus muchachos en la lotería del gulag, luego la invasión alemana, con aquel asedio que dio principio cuando en septiembre de 1941 tres millones de seres se vieron atrapados en Leningrado y empezó el sitio más cruento de aquella guerra. Poco menos del millón de muertos, la mayoría de hambre o la debilidad consecuente. Luego, regreso de Stalin, triunfal y vigilante, luego se suavizó el rigor loco y entonces, cuando todo era un poco menos invivible, la casa se vino abajo y surgió, con el capitalismo salvaje, el derecho del más listo a imperar sobre mansos y lentos, de la manita de los nuevos y tan cruentos gánsters, en la vida durísima de hoy en día.

Sí, ahí están los cuatro viejos, acostumbrados a aguantar, sobrevivientes, y sin embargo, en el instante en que los veo, al pasar, están riendo, no a carcajadas, sino maliciosa, alegremente, como si se burlaran de algo.

Ermitage. El joven en cucullas de Miguel Ángel Buonarroti es ante todo obra maestra de unidad—con lo que digo simplicidad—. Viene entonces esa glorio-

sa muestra de la versión anatómica de lo humano, “la materia, susurra el mármol, tiene algo de divina pues fue hecha por Dios y la forma humana es sagrada porque en ella encarnó el Señor”. Materia es tanto mármol blanco como hueso, músculo y piel. Y al mirar el arco del encorvado dorso del muchacho, perfectamente acabado por Buonarroti, entendemos la perfección de nobleza palpitante que puede haber en toda espalda. Este pequeño trabajo del maestro toscano es en verdad un gozo inacabable, la mejor pieza del Ermitage y razón suficiente, su contemplación, de comprar el boleto y hacer el viaje hasta allá.

Y en ese momento de mi divagación, llego al comal de las quesadillas y saludo a la marchante.—

— HUGO HIRIART

CARTA DE NUEVA YORK

WALL STREET O LA DECADENCIA AMERICANA

El 24 de octubre de 1929 el pánico invadió la esquina que forman las calles Pine Street y Wall Street. La bolsa de Nueva York había caído nueve puntos dejando a miles de inversores en bancarrota; muchos de ellos optaron por lanzarse desde los rascacielos ante la imposibilidad de saldar los créditos adquiridos.

Nadie podía sospechar la manera en que este colapso impactaría en el trazo de la economía mundial durante las siguientes décadas.

Este crac bursátil trajo consigo la desaparición definitiva de la hegemonía de la libra, el auge del comunismo y, cuatro años más tarde, la llegada al poder de Adolfo Hitler y el fascismo, así como el nacimiento del New Deal, programa establecido por Franklin Delano Roosevelt para combatir los resabios de la Gran Depresión. Hitler y Roosevelt —ambos hijos del crac— habrían de protagonizar la escena política durante la Segunda Guerra Mundial.

Finalizado el conflicto armado, la situación del orbe era crítica, miles de vidas se habían perdido y Europa se encontraba prácticamente devastada.

Era imperativo reconstruir su geografía mediante una nueva égida financiera e instalar un sistema a través del cual los países desarrollados recuperaran su estabilidad.

En julio de 1944 se reunieron 44 naciones para firmar los acuerdos Bretton Woods, creando así un régimen económico basado en la paridad dólar-oro y un nuevo orden que consolidaba a Estados Unidos como potencia: desde entonces no hay más dios que el dólar y Wall Street es su profeta.

Durante sesenta años Estados Unidos ha tenido una exitosa campaña internacional consistente en saturar con sus productos y su dinero todos los mercados; cuando otros mercados y otros dineros tienen éxito, la estrategia es absorberlos.

No obstante, Estados Unidos hasta ahora no ha sabido ser imperio más allá de su poderío económico, fundamentado en el valor de su mercado financiero y en el dólar como la unidad monetaria más importante de todos los tiempos. Los fracasos que ha tenido en materia política, militar o cultural no se han presentado en el campo económico.

Este año enfrentamos nuevamente la amenaza de un desequilibrio económico mundial. Debido a la crisis del mercado hipotecario estadounidense, parecemos nuevamente indefensos frente al bacilo de la especulación.

El último problema se originó en 2006 cuando las familias estadounidenses que contrajeron créditos hipotecarios de alto riesgo se vieron imposibilitadas a pagarlos debido al incremento en las tasas de interés, que pasaron de uno por ciento en 2001 a 5.25 en 2006.

Ochenta por ciento de la deuda de los consumidores americanos, equivalente a más de doce mil millones de dólares, corresponde a estos créditos. Sin embargo, las consecuencias más graves se presentaron a principios de agosto pasado cuando la crisis se trasladó a los mercados financieros.

La contracción bursátil provocó que en ese mes los bancos centrales de la Unión Europea, Estados Unidos, Japón, Canadá, Suiza y Australia tuvieran que inyectar más de trescientos mil millones de dólares a sus sistemas financieros para evitar el desplome de los mercados y una fuga masiva de inversiones.

Esta situación ha dejado sin empleo a 5,600 personas en el último año y casi medio centenar de hipotecarias de alto riesgo se han declarado en bancarrota.

El sistema especulativo ha llevado la economía estadounidense a circunstancias críticas. Tras la Segunda Guerra Mundial, el mundo estaba dividido entre buenos —capitalistas— y malos —comunistas—, lo que contribuyó a la construcción de un mundo económicamente unipolar, con Estados Unidos a la cabeza.

Contrario a lo ocurrido en otras contingencias económicas, como el caso Enron, nadie irá a la cárcel ni será punto de partida para crear una nueva ley de responsabilidad corporativa, esta vez no hay responsables a quienes demandarles el pago de culpas. Al ser producto de un sistema especulativo desahogado, el único culpable es el propio sistema, que permite rehipotecar por un valor superior al valor real de las cosas.

Lo que nadie explica y lo que nadie entiende es que una crisis producida en Estados Unidos, bajo sus propios cánones y afectándolo sólo a él, siga poniendo en jaque a la economía mundial, cuando tanto ha cambiado. Hoy el gigante norteamericano es un imperio en decadencia,



Imagen de Wall Street el Jueves Negro de 1929.

pero no lo hemos querido aceptar, prueba de ello es que seguimos dejando en sus manos el tejido económico.

La mejor evidencia de ese cambio es China, que desde 1992 inició un desaforado crecimiento económico que muy probablemente arrasará a Estados Unidos en su búsqueda por el dominio mundial, convirtiéndose en el mayor tenedor de reservas en dólares del planeta.

El origen de la próxima crisis puede estar precisamente ahí, teniendo como protagonistas a los pasivos acumulados para financiar su crecimiento. Pero en este caso habrá una diferencia significativa: China usa el mercado y el dinero mundial, pero ni está en el mercado ni su dinero es mundial.

China, a diferencia de otros países que se endeudaron para financiar su desarrollo, ha utilizado gran parte de los préstamos del mundo occidental —básicamente de Estados Unidos— para convertirse en el segundo mayor poseedor de deuda pública de ese país: setenta por ciento de las reservas chinas se encuentran colocadas en bonos del tesoro estadounidense.

Así cuando llegue el momento de reclamar el pago de la deuda, Estados Unidos encontrará que la mayor parte de la misma está garantizada con sus propios bonos.

China se ha convertido en un peligro mundial, no debido a su bonanza económica, sino a las reservas acumuladas que,

de ser cambiadas a otra divisa, provocarían una reducción masiva en el valor de la moneda estadounidense.

Por lo anterior, la actitud de Estados Unidos hacia China ha cambiado. Si bien antes impulsó su economía, ahora le demanda cumplir con el pago de aranceles y el respeto de leyes comerciales, ya que su abrupto crecimiento —pronosticado este año en once por ciento— puede traer implicaciones negativas al mercado mundial, ergo, a la economía estadounidense.

¿Hasta cuándo Wall Street será el latido de los mercados mundiales? ¿Puede la economía europea seguir pendiente de Nueva York? ¿Por qué Estados Unidos enfrenta una recesión? Las experiencias de los que rigen la economía mundial nos han enseñado que no existen crisis económicas, que existen ajustes y que las crisis siempre son nacionales, pero la recesión norteamericana es signo de que el propio Estado carece de condiciones para incentivar la demanda debido a su gigantesco déficit fiscal. Esto demuestra el fracaso increíble de la política comercial estadounidense, que está agotando los trabajos estadounidenses, debilitando al país y arrastrándolo hacia la crisis.

Los fondos de inversión, los especulativos, las grandes empresas chinas, no cotizan en Shanghái sino en la bolsa de valores de Nueva York en Wall Street.

Hay que redefinir el papel que tendrá China después de su expansión y su codicia sin límite. Estados Unidos deberá decidir si quiere una política sobre-dimensionada basada en un desarrollo salvaje como la china, o un conservadurismo y una garantía de buen gobierno como el japonés. Estos elementos van a condicionar el futuro económico del mundo y el destino de la hegemonía financiera de Wall Street.

Wall Street, el gran santuario de la especulación, es responsable —directa o indirectamente— de la caída en pique de empresas, de la pérdida de empleos en Estados Unidos y de un endeudamiento imposible de ser saldado.

Así como desapareció la hegemonía de la Bolsa de Londres, la realidad económica ha pasado del unipolaris-

mo estadounidense al multipolarismo mundial. Si hace 63 años Bretton Woods buscó generar un equilibrio a través de la creación de instituciones económicas para su tiempo, es claro que éstas han sido rebasadas.

El mundo ahora busca la multipolaridad. Los estados han perdido fuerza y se han visto obligados a formar bloques económicos para garantizarla.

El desarrollo y la hegemonía primero militar, después industrial, luego económica y ahora tecnológica de Estados Unidos le han hecho contravenir sus propias normas y por ello hoy Wall Street forma parte de un mundo que ya no existe y que de nuevo ha perdido su equilibrio.

Hasta ahora se vivía bajo el principio de que Wall Street afecta a todos, pero lo que no se ha hecho es la suma a la inversa: Todos destruyen a Wall Street. —

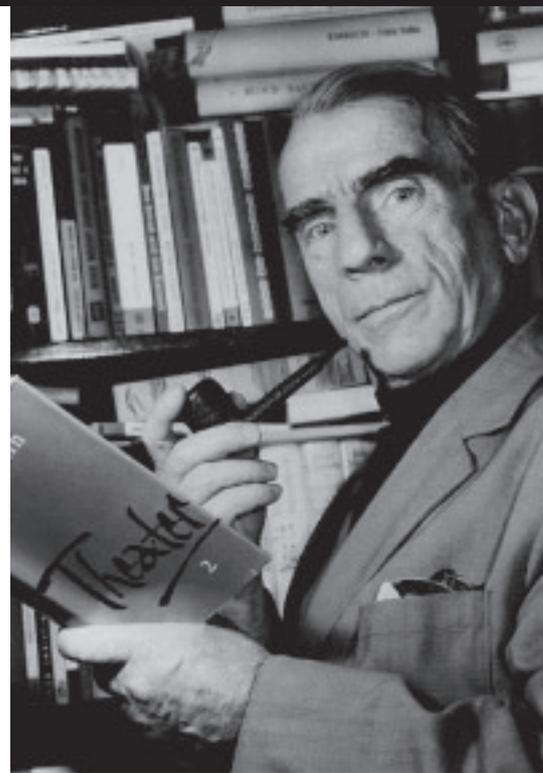
— ANTONIO NAVALÓN

LITERATURA LO QUE NOS ATAÑE

A las tres de la madrugada, un hombre está a la espera. Es *el perseguidor*, está sentado al volante de un coche grande y pesado que piensa arrancar en cuanto se haya bajado el otro, *el traidor*, de un taxi. Está tranquilo, lo va a atropellar, no le queda otra opción.

Mientras espera, el perseguidor repasa la historia compartida, que data de los años duros de la dictadura: entonces ambos, él y el traidor, tocaban en una orquesta de baile, El Seis de Plata. En secreto, los músicos imprimían y distribuían octavillas, ayudaban a opositores del régimen, robaban tarjetas de racionamiento y documentos de identidad. Pero uno de ellos, el traidor, los denunció a las autoridades. A pesar de las torturas, ninguno de ellos intentó desviar su responsabilidad hacia los demás. Fue necesario el testimonio del traidor para que el tribunal militar les pudiera imponer la pena capital.

El que ahora está esperando en el



Günther Weisenborn.

coche ha sobrevivido de pura casualidad. Un día se cruza en la calle con el traidor, lo reconoce, lo sigue, da con su casa y el bar donde toca el piano todas las noches. Días o semanas más tarde, el sobreviviente se dirige al bufete de un abogado apreciado por su habilidad. Quiere que éste inicie una causa contra el otro. El abogado rechaza el encargo. Dice que por las circunstancias del caso —el expediente se quemó, no se encuentra a otros testigos— no puede levantar acta. Además le advierte de los límites legales del presente, en un país que está celebrando, con euforia y amnesia, la llegada de la modernidad. No es el momento para abrir zanjas entre las víctimas y los victimarios de antaño. Al cabo de unos meses, el perseguidor ve a la cantante de la orquesta. Otra sobreviviente, de un campo de exterminio. La para, le habla, le pide hacer de testigo en el juicio contra el traidor. Ella se niega, por miedo, por estar harta de revivir el pasado, y porque quiere llegar a ser “una persona sana”. Tampoco el juez militar de entonces (que ha ascendido en la jerarquía judicial) está dispuesto a colaborar ya que no piensa comprometerse. Así que el hombre se queda solo con su sed de

justicia. Despierta en él la idea de hacerlo que la sociedad rehúye.

Acabo de resumir el argumento de una novela casi olvidada. El autor se basó en su propia experiencia. Participó en la resistencia, fue detenido y condenado por alta traición a la patria, y pasó largos años en la cárcel. Al salir, ya en época de la democracia, se dio cuenta de que nadie emprendía acciones legales contra los represores de entonces, de que ni siquiera existía un desprecio generalizado hacia ellos. Cuando acusó al fiscal, el cual había conseguido que 47 de sus compañeros fueran ejecutados, el tribunal abolió el juicio afirmando que los condenados habían sido incitados por su odio desmesurado a las instituciones patrióticas. A cualquier lector ni la historia contada ni las vivencias del autor le resultarán extrañas. Lo preocupante es precisamente su vigencia, a lo largo de los años e independiente del lugar. La novela se llama *El perseguidor*, fue publicada en 1961 por el narrador y dramaturgo alemán Günther Weisenborn. Weisenborn integró una amplia red de resistencia antifascista que las autoridades nazis denominaban “la capilla roja”.

Hacia el final de la novela —ya pasaron las cuatro de la madrugada, y todavía no ha aparecido el traidor— el perseguidor recuerda su última conversación con el abogado, el silencio posterior. “De repente se levantaron mundos entre nosotros. Él era uno de los millones que —constantemente a la defensiva, bien cubiertos— se mueven por el tiempo. Yo pertenecía a una oposición no cubierta, la cual sigue creyendo que se puede cambiar el mundo.” Una frase amarga, y llena de orgullo.

He tardado en interesarme por la novela. La encontré hace tiempo en una caja con libros rebajados, el ejemplar a un euro. Entonces ya estuve curado de la idea de que su autor era un escritor convencional. Con dieciocho, diecinueve años, creía que la tarea de la literatura consistía en buscar nuevas formas expresivas. Más tarde me avergoncé de mi ignorancia. El mundo, también el de la literatura, se divide según la correlación de las fuerzas políticas, que hace

despertar la conciencia, no según decisiones estéticas.

Hace unas semanas leí un comentario de la antropóloga austriaca Margot Schindler acerca de su compatriota, el narrador Johannes Urzidil. Terminó su homenaje declarando: “Por principio, sólo leo libros que tienen que ver conmigo.” Pienso en esta frase mientras estoy avanzando en la lectura —y frenándola al mismo tiempo, para que dure unos minutos más—. En algún momento el traidor se burla de su contrincante recomendándole olvidar el pasado. “Los tiempos cambian. Quien sigue pensando como antes, debe ingresar en un manicomio.” En vez de ceder, el perseguidor se justifica con una frase que confirma y anula al mismo tiempo la confesión de la señora Schindler: “Uno busca algo que atañe a los demás. O a todos.”

— ERICH HACKL

POLÍTICA CON K DE KIRCHNER

La K, el signo universal que Franz Kafka consagró con Josef K., el atónito personaje de la novela *El proceso* (1925), ha encontrado una inesperada y sorprendente perpetuación en la Argentina de estos días. En la jerga local, K es el presidente Néstor Kirchner, K es su estilo personal de gobernar y K —los radicales K— son los políticos tránsfugas que se han sumado al Frente para la Victoria que ahora postula a Cristina K[irchner] para ocupar el “sillón de Rivadavia”. Mucho menos conocido por el dominio público nacional, y más íntimo en sus repercusiones, es que en el país de los argentinos ya hubo un personaje K. Fue aquel conde de Keyserling, que casó con Goedela von Bismarck y fue autor de un libro titulado *Figuras simbólicas*, a cuyos avances eróticos Victoria Ocampo impuso un cortante ademán reprobatorio y al que en sus abundantes cartas de finales de los veinte ella insistía en llamar “Mi querido K.”. ¿Estarán enterados los kirchneristas múltiples y multiplicados de hoy de la existencia de ese aristocrático

señor K, tantos años atrás desairado física pero no intelectualmente por la altiva V de Victoria? ¿Lo sabrá Cristina K[irchner], descendiente bizarra (en el sentido baudelairiano del término: singularidad en el enrarecimiento) de esta Victoria?

Pongamos las cosas en su lugar. No hay dudas de que la K de Kafka, la K que es una enseña del adjetivo *kafkiano*, la K que arropa a un literario animal fabuloso prototípico del reino de lo absurdo, puede reclamar un sitio propio en esta Argentina. Para empezar, allí es imposible encontrar una lógica que explique con cierta congruencia argumentadora lo que ocurre. Gobierna un gobierno peronista; pero ya entre el Juan Perón de 1943, cuando irrumpe en la vida pública, y el Juan Perón de 1946 y 1951, cuando es por dos veces consecutivas presidente, y el Juan Perón de 1973, cuando otra vez vuelve a ocupar la presidencia, los vínculos ideológicos se diluyen y las contradicciones se vuelven una constante. Un vaporoso y siempre postergado afán de justicia social (de ahí proviene la denominación de “justicialismo”), que en la realidad de su aplicación práctica se confunde con la vasta uniformidad, no parece suficiente para constituir un sistema político articulador; tampoco ayudan a esa definición el empaque autoritario, una andadura “democrática” dogmática o el azuzar el enardecimiento de la plaza pública. Para ser aún más concretos, ¿qué pueden tener en común aquel primer Perón que en los cuarenta alternativamente se alía con los altos mandos del ejército, se autodenomina el “primer obrero” de la nación y llama a parte de su electorado *descamisados* (que es nada menos que el nombre del primer diario anarquista que conociera el país en el remoto 1879) y el segundo Perón que en 1973, al regresar de su exilio español, asiste a la masacre entre sus supuestos partidarios en el aeropuerto de Ezeiza? ¿Qué une a esos sucesivos Perón(es) con el tercer y último Perón, aquel que en ese 1973, elegido presidente una vez más, arenga a sus seguidores con el estribillo paternalista que aconseja transitar “de la casa al trabajo y del trabajo a la casa” mientras el país se incendia con unos

trabajadores que rechazan los pactos sociales, ocupan las fábricas y desafían a la policía? Inquiérase el asunto desde otro ángulo. ¿Qué vincula, en la cadena histórica de encarnaciones peronistas, al general Juan Perón con el “neoliberal” Carlos Menem, a Carlos Menem con el “clásico” Eduardo Duhalde y a Eduardo Duhalde con el “moderno” Néstor Kirchner? Todos ellos han ocupado la presidencia; todos ellos son hermanos enemigos. El peronismo nunca logró presentar a los argentinos un proyecto ideológico coherente y ordenado, previsible en sus principios rectores, y menos aún encontró la forma de sellar con la ciudadanía un contrato racional y continuado de regeneración nacional; ahíto de folclore, su versión exultante de la forma de gobernar consiste en la explotación del sentimentalismo nacionalista: una épica ramplona farolea con la simbología patria. Como suele ocurrir con los gobiernos que hunden sus raíces en el populismo, lo único que a lo largo del tiempo ha sobrevivido en el horizonte peronista es el liderazgo caudillista, la instrumentalización en el propio beneficio de los métodos democráticos, el endiosamiento de meras criaturas terrenales. Y a esa permanencia del carisma y las artimañas se añaden unas consecuencias casi inevitables: el empleo de las facultades extraordinarias para gobernar, el uso y abuso de los recursos de la máquina estatal, la premeditada invasión de las jurisdicciones legales, el caracoleo de la corrupción. De ahí que un estrépito físico conmueva casi siempre los suelos (y los subsuelos) de estos gobiernos. Hay algo más. Acaso para verdaderamente entender el peronismo, y la propia dinámica de la política argentina, haya que recordar que allí, desde los orígenes del país, alienta la sombra del modelo italiano, arraigado a través de una inmigración masiva; es decir, la reverberación del *fascio* (desde el siglo XIX, una reunión de diferentes y hasta opuestos grupos políticos extremistas donde sobresalen los rasgos nacionalistas y autoritarios), la baja institucionalidad y un individualismo talenteador y agresivo que nada quiere saber de pro-

yectos que impliquen el compromiso de la persona.

El señor K, el presidente K, ha sostenido que él representa al “postperonismo”, una figura del lenguaje que pretende expresar un más allá del primitivo peronismo y que proclama una superación dialéctica de los orígenes fundadores. Un arrebató similar, debe señalarse, al que en su momento llevó a Carlos Salinas de Gortari a anunciar la muerte de la Revolución Mexicana. No obstante, los hechos niegan tales afirmaciones renovadoras oficialistas. Por su acumulación de poderes, por su manejo endogámico y patrimonialista de la cosa pública, por las complicidades políticas que sin pudores ideológicos se buscan, y por el ruido y la furia que provoca a partes iguales entre aliados y opositores, el estilo personal de gobernar de K es, entre los que se han practicado, el que más se acerca a las fuentes ortodoxas del peronismo, el que más se aferra a las doctrinas arcaicas. Algo de esa discrepancia entre el apego a la vieja tradición partidista y la presunta nueva estrategia redentora asoma de modo visiblemente incómodo en la gestualidad de los rituales del poder que miman el señor y la señora K. (Un ejemplo a mano: la retórica eufórica de la teatralización que exhibió hace unos meses la visita a México de la pareja K, que para su puesta en escena tanto parece haber contado con la aquiescencia de los actores del gobierno de Felipe Calderón. No deja de ser curioso que gente del PAN, víctima tanto tiempo del PRI, se prestara a un montaje de cálculos electoralistas y por tanto de evidentes aspiraciones políticas hegemónicas.) En todo caso, algo parece inaugurar la señora K de modo premeditado: busca más, en sus preferencias y en sus desplazamientos, a los poderosos que a los desheredados.

La Argentina en general, y el peronismo en particular, registran en sus anales una extravagancia significativa. Allí las mujeres allegadas al poder político han escrito una historia oprobiosa. Manuelita Rosas, la hija de Juan Manuel de Rosas (1829-1832 / 1835-1852), participó en la ruda conversión a la causa paterna de los estamentos más bajos de la socie-

dad y empuñó algunos de los resortes de La Mazorca (no por la mazorca del maíz, no, sino por la suma siniestra del *más* y la *borca*: más ahorca), la policía política de la época. Eva Duarte de Perón, santa patrona de los desposeídos, encandiló a la mayoría de sus connacionales (y, de paso, a no pocos foráneos) con sus trajes de alta costura y sus joyas relumbrantes. María Estela Martínez, “Isabel”, que en 1974, al morir Perón, ascendió a la presidencia (la fórmula partidista que la condujo a ese cargo fue un pleonismo: “Perón-Perón”), se adentró de más en más en la satrapía y precipitó un golpe de Estado militar vejatorio para el conjunto de la idiosincrasia nacional. El linaje femenino se ha ensanchado en las fechas cercanas con Hilda “Chiche” Duhalde, la esposa de Eduardo Duhalde, y con la senadora Cristina Fernández de K[irchner]. Acaso estimulada por el reflejo espejeante de aquel insensato “Perón-Perón” de los setenta, la pareja K postula ahora un transformismo político de sesgos escandalosos. De resultar triunfadora su táctica en las elecciones de octubre, y de confirmarse los pronósticos de las encuestas, el momento llegará en que el señor K traspase los poderes de la nación a la señora K. La cohabitación más singular de la historia (¿argentina?) se materializará entonces. Un presidente en ejercicio habrá aupado al poder, con sus predicamentos y sus votos, con la certeza de que en el trámite es a ella quien realmente se elige, a su propia esposa. ¿Cuál de los dos mandará de ahí en más? Sólo en la realidad (¿argentina?) pasan estas cosas.

Es de confiar que el lector entienda el tono de creciente indignación que se ha adueñado de estos renglones. Pero que en un país de instituciones frágiles, en un país que se ha soñado a la vanguardia de América Latina, en un país tan proclive a repetir su propia historia, en un país —por fin— que parece internarse peligrosamente en esa estela de novísimas democracias coaccionadoras latinoamericanas, que en un país así, cabe insistir, se asista a un acto de impudor que tanto y tan decisivamente compromete las esferas de lo público y

lo privado, y que tanto expone a una y a otra al escarnio, es una demasía que desmoraliza. Una demasía que retorcerá en sus tumbas al atribulado Josef K. y a la imperiosa Victoria Ocampo. —

Montevideo, octubre de 2007
— DANUBIO TORRES FIERRO

LITERATURA

PALAHNIUK: EL ESCRITOR CERO

Lo llaman el nihilista de la nueva generación de escritores, aunque él reniega de la etiqueta y se define como romántico; su vida, sin embargo, ha estado más cerca de la anarquía que de la sensiblería. Una niñez transcurrida en una casa rodante y marcada por los pleitos de los padres, que solían exiliar a los cuatro hijos en el rancho ganadero de los abuelos. Una juventud signada por la fluctuación laboral: de periodista

free lance a mecánico en una empresa de camiones, de voluntario en un albergue para desamparados a chofer de enfermos terminales, una ocupación a la que renunció —según cuenta— luego de la muerte de un paciente al que le había tomado cariño. Una edad adulta cobijada por la celebridad pero cimbrada por la tragedia: en 1999 su padre y su mujer más reciente, que establecieron contacto a través de

los anuncios sentimentales, fueron acribillados y quemados por el ex novio que ella había enviado a prisión por abuso sexual. Una meteórica carrera literaria no exenta de la rebeldía que caracteriza a sus personajes: ha sido miembro activo de la Cacophony Society, una red con sede en Portland, Oregón, y compuesta —se lee en el sitio oficial— “por individuos unidos en la búsqueda de experiencias al margen del *mainstream* social

mediante acciones subversivas, bromas, arte, exploraciones radicales y locuras insensatas”. Un estatus de autor de culto que se traduce en una página web bautizada justo como *The Cult* —visitada por miles de seguidores— y que se presta al gesto provocador: durante la gira de promoción de *Diario* (2003), su sexta novela, la lectura de “Tripas”, uno de los relatos incluidos en *Fantasma* (2005), causó que 67 oyentes se desmayaran en distintos lugares; algunos, se dice, llegaron incluso a vomitar y acabaron siendo hospitalizados.

Retratista del exceso y la cara oscura de la sociedad, satirista experto en sacudir las buenas conciencias, Chuck Palahniuk (Pasco, 1962) adereza su obra con ingredientes extraídos de esta biografía convulsa. Un ejemplo: la Cacophony Society, entre cuyas acciones subversivas se halla el escándalo anual causado por borrachos vestidos de Santa Clos y llamado Marea Roja, sirve de base al Proyecto Mayhem de *El club de la pelea* (1996), el

ya famoso debut del escritor llevado al cine por David Fincher, y reaparece en *Rana: An Oral Biography of Buster Casey* (2007) con el disfraz, no de Papá Noel, sino de un derbi consagrado a la demolición y conocido como Party Crashing que remite a *Crash* (1973), el clásico de J.G. Ballard sobre una logia de *freaks* que reconstruyen accidentes automovilísticos. La veta ballardiana de Palahniuk se hace más

evidente gracias a la fusión de terrorismo urbano y mesianismo posmoderno que figura en gran parte de sus libros y encarna en seres que, al igual que los integrantes de la Cacophony Society, se asumen al margen del *mainstream*: Tyler Durden, el líder tan carismático como esquizofrénico de *El club de la pelea*; Tender Branson, el último miembro de la secta Creedish Death Cult que protagoniza *Superviviente* (1999); Victor Mancini, el

fracasado estudiante de medicina que en *Asfixia* (2001) alterna la adicción al sexo con su rol de estafador alimenticio; Oyster, el ecoterrorista de *Nana* (2002); Peter Wilmot, el contratista que antes de caer en coma se dedicaba a tapiar cuartos de viviendas ajenas donde inscribía los mensajes amenazadores de *Diario*; Brandon Whittier, el misterioso anciano que organiza el taller de literatura vuelto festín *gore* en *Fantasma*, y Buster Casey, el hermano casi gemelo de Tyler Durden que sobrevuela la distopía futurista registrada en *Rant*.

Radical como pocos, Palahniuk ha transitado con una libertad que a veces se antoja abusiva y aun desenfrenada por caminos que, si bien no son inéditos —el *thriller* y el horror, el fanatismo y la narcosis cultural, el morbo y la violencia extrema—, resultan renovados por su óptica inclemente, su estilo parco que redundante en una suerte de lirismo telegráfico surcado por *dictums* que él llama estribillos, su actitud en pie de guerra contra lo políticamente correcto. La réplica suscitada por las lecturas públicas de “Tripas”, un texto en torno del onanismo que acendra la ironía visceral patentada por el autor, tiene su reflejo en la náusea detonada por una de las acciones subversivas —y revulsivas— del protagonista de *Rant*, primera incursión de Palahniuk en el terreno de la ciencia ficción. Paciente cero de una insólita epidemia de rabia, en el personaje de Buster Casey se dan cita los vicios y virtudes de una obra que en ocasiones se inclina por la transgresión a ultranza aunque siempre por el estudio de una sociedad en estado de descomposición o de sitio, como ocurre en esta novela; un estado, hay que añadir, producto de la hipertrofia que padece un sistema entregado al consumo sin límites. Al margen no sólo del *mainstream* sino de las convenciones espaciotemporales, ya que ha dado con el modo de alterar la linealidad histórica, Buster Casey está destinado a resurgir en futuros libros de Chuck Palahniuk, escritor cero para todos esos lectores que se debaten entre el nihilismo y el romanticismo. —

— MAURICIO MONTIEL FIGUEIRAS



Chuck Palahniuk.

POLÍTICA

LA REFORMA ELECTORAL

Hace pocos días fue publicada en el *Diario Oficial de la Federación* la famosa reforma constitucional en materia electoral. ¿Por qué volver a un tema que se discutió y consumió el 11 de septiembre? Tal vez la intención de los editores de *Letras Libres* sea ofrecer un balance a la distancia. No ha sido fácil, para unos y para otros, digerir la ira y el júbilo que despertó la reforma.

La reforma electoral es producto del tiempo que vivimos. No puede entenderse al margen de las inercias que heredan a México los últimos seis años. Parecería que un golpe al IFE y a los medios era presupuesto de validez del discurso del PRD. Convenientemente sumado al resentimiento de algunos dirigentes del PRI con los medios que transmitieron las desfachateces de Arturo Montiel y con el IFE que próximamente volverá a sancionarlos por rebasar toques de campaña, el rencor se convirtió en mayoría.

Sobre estos rencores se asoma un elemento que los articula y los hace coincidir. Se trata de un revés a la inercia en que envolvió Vicente Fox al Estado mexicano. Se dice y se acepta que Fox entregó el Estado a medios y empresarios. Y se presume que parte de la reforma electoral es un golpe de timón que pretende arrebatárselo. Hay una intención indiscutible de reconstruir equilibrios entre el poder público y los poderes fácticos. Una intención que puede ser legítima y apropiada, pero que siempre acarrea el riesgo de caer en excesos y limitar la libertad.

Así, una reforma de claroscuros está muy cerca de ser parteaguas de una nueva forma de hacer política en México. Como todo, implica avances y costos importantes para la institucionalidad electoral en el país.

I. Se reduce la duración de las campañas electorales, a noventa días en el caso de la contienda presidencial y sesenta en

el de las legislativas. Además, se limita por primera vez la duración de las campañas, que serán de sesenta días para presidente y de 45 para legisladores. Una medida positiva, que permitirá concentrar el mensaje y evitará cansar al electorado con campañas que han llegado a durar prácticamente un año.

II. La reforma destina en forma exclusiva los tiempos del Estado y los tiempos fiscales a los procesos electorales, usando adecuadamente un recurso del Estado para sus fines prioritarios. Como veremos más adelante, sin embargo, esta medida tiene muchos problemas que deberán resolverse en la legislación secundaria.

III. Se prohíbe la promoción personal de gobernantes a través de los medios estatales de comunicación social. Es decir que ya no veremos la cara de los gobernadores presumiendo la obra pública, ni tendremos que sufrir nunca más un spot del presidente hablándole a su pueblo para ganar popularidad o influir en preferencias electorales. Esta prohibición es absoluta, por lo que no se limita a campañas y abarca a cualquier funcionario público en el país.

IV. Se establecen renovaciones escalonadas del Instituto Federal Electoral y el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, en abono indiscutible de la fortaleza institucional de ambos órganos. Curiosamente, la reforma tiene un transitorio que cesa de sus cargos a tres consejeros electorales del IFE, mientras que para el caso del Tribunal Electoral simplemente remite a lo que se establezca en la Ley Orgánica del Poder Judicial de la Federación. Así que el escalonamiento urgía en el IFE, y no en el TEPJF, cuyos actuales magistrados terminarán primero su periodo y posteriormente se iniciará su escalonamiento, como debió haber ocurrido con los consejeros electorales.

V. Un elemento positivo adicional, que tuvo poca presencia en la deliberación pública, es la eliminación de la facultad de la Suprema Corte de Justicia para investigar lo que la Constitución llamaba

“violaciones graves al voto público”; una atribución que no tenía ya ninguna justificación, y sí muchos riesgos, contando con un órgano jurisdiccional en materia electoral como es el Tribunal Electoral.

Los avances son tan claros como los costos y retrocesos que implica la reforma, y que sus autores se empeñan en defender a capa y espada:

I. En primerísimo lugar, es absolutamente insostenible que la reforma se haya usado para decapitar al IFE y mermar su autonomía. El IFE era de los ciudadanos y no de los partidos, y la jerarquía política del país decidió retomar su control. ¿Cómo?



El fin de la guerra de los spots.

1. En primer lugar, el rencor del PRD, el interés futurista del PRI y la inexplicable cooperación del PAN (que no pudo entenderse sino a la luz del *quid pro quo* fiscal) lograron violentar la inamovilidad de los consejeros electorales. Removieron a tres, incluyendo al consejero presidente, y además adelantaron la salida de otros tres para 2008. La inamovilidad es condición indispensable para que exista autonomía en el órgano. Después de este golpe, no habrá consejero electoral que no esté consciente de que pelearse con los partidos le puede costar el puesto.

2. En segundo lugar, se modificó en forma curiosa el periodo de gestión

del consejero presidente. El nuevo funcionario será nombrado por seis años, con posibilidad de ser electo para un nuevo periodo. Esto, en los hechos, implica que la Cámara de Diputados nombrará un consejero presidente por doce años, pero con una sutil aduana a mediados de su periodo, para que los diputados y sus partidos puedan evaluar si se portó bien. Estoy convencido de que la única forma en que la nueva cabeza del IFE podrá actuar con autonomía es si renuncia a esta posible reelección desde el primer día de su gestión. Sólo así, con un acto de dignidad política, podría enviarse una señal clara a los partidos: al consejero presidente lo último que debe importarle es que lo reelijan sus propios regulados.

3. En tercer lugar, se creó con pocos fundamentos la figura de un nuevo contralor general del IFE nombrado directamente por los diputados. Curiosamente, también con periodos de seis años y reelección posible. ¿Con qué funciones? Fiscalizar al interior del IFE el ejercicio de los recursos, con lo que evidentemente se violenta la autonomía y se crea una instancia de control intermedio entre el Consejo General del IFE y la Auditoría Superior de la Federación (que, por cierto, ya audita el ejercicio presupuestal del IFE).

4. Adicionalmente, la reforma omite otorgar al IFE medios de defensa de su autonomía, notoriamente el derecho a plantear controversias constitucionales ante la Suprema Corte de Justicia. ¿Olvido conveniente?

II. La reforma, que se discutió en un par de días, estableció nuevos parámetros para el ejercicio de la libertad política en México. ¿Por qué? Sencillamente porque cosas que antes se podían hacer, ya no estarán permitidas. La próxima vez que el Constituyente Permanente establezca límites a las libertades públicas de que gozamos todos, sería deseable que nos inviten a deliberar con mayor profundidad. Me refiero en concreto a:

I. La prohibición de contratar anuncios en medios electrónicos que puedan “influir en las preferencias electorales, ni a favor o en contra de partidos o candidatos”. Esta es una norma con destinatario evidente que, sin embargo, aplicará para todos. Hay que reconocer que ya había una disposición similar en el Cofipe, que ahora se eleva a rango constitucional. La pregunta, sin embargo, es si en realidad estamos todos de acuerdo en que nadie, bajo ninguna circunstancia, pueda pagar spots con contenido político durante campañas electorales. Porque, además de los “empresarios”, también estarán limitadas todas las organizaciones de la sociedad civil para hacer uso de la radio y la televisión en impulso de sus agendas. Más aún, llama la atención que la prohibición sea sólo para los electrónicos, y no aplique para espectaculares, diarios escritos y otros medios.

2. Las constituciones se escriben pensando en el futuro, y no sólo en el pasado. Además, las constituciones “abiertas” son siempre preferibles a las “cerradas”. Estoy convencido de que habrá en el futuro casos distintos al 2006, donde extrañaremos la posibilidad de pagar un spot para decir algo importante.

III. Se cambió el modelo de campañas políticas que veníamos utilizando, prohibiéndose las llamadas campañas negativas. El texto del nuevo Artículo 41 indica que no estarán permitidas “expresiones que denigren a las instituciones y a los partidos, o que calumnien a las personas”. ¿Qué es denigrante? ¿Un spot que utilice un hecho público comprobado—como el grosero enriquecimiento de Montiel, por ejemplo— será considerado como tal? Mejor aún, ¿un anuncio que indique en 2009 que el presidente Calderón no cumplió con tal o cual compromiso de campaña, será denigrante para las instituciones? Son muchas preguntas en infinidad de casos, que ahora tendrá que resolver el nuevo IFE con las reglas que el Congreso establezca en el

Cofipe. Al margen de los detalles, con la reforma la crítica será monopolio de los espacios noticiosos de los medios. Así que quien quiso limitar a los medios, acabó por incrementar su poder.

IV. No hubo medida alguna para transparentar el gasto de partidos políticos y hacerlos sujetos obligados de la Ley de Transparencia y Acceso a la Información Pública.

V. Esta reforma incrementará exponencialmente el número de spots que transmitirán los partidos en sus campañas. Cuarenta y ocho minutos diarios por estación implica que cada estación de radio y televisión tendrá que transmitir 96 spots de medio minuto diariamente. Con cerca de mil quinientas estaciones de radio y más de trescientas estaciones de televisión, tendremos un flujo de cuando menos 172,000 spots diarios, que en sesenta días de campañas para diputados darían un frívolo total de más de diez millones de spots, 85% de los cuales serán para los partidos. ¿Cuál “desespotización” de las campañas?

VI. A esto hay que agregar que los legisladores distribuyeron un recurso absurdo, que son los tiempos. No es necesario ser experto en planeación y estrategia de comunicación para saber que el recurso escaso a distribuir son las audiencias. Tendremos muchos problemas en el futuro con esta medida, que acaba de derogar de un plumazo la planeación de las campañas en términos de audiencias, frecuencia y alcance.

La reforma constitucional en materia electoral deja a su paso aprendizajes importantes. Es deseable que la próxima reforma política gire en torno a la ciudadanía como eje rector, y no a los partidos como sujetos interesados. También vale la pena apuntar que los perjuicios del desastre foxista están comenzando a presentarse. Y que, ante todo esto, los ciudadanos no podemos renunciar a nuestro derecho a la indignación, a la lucha por la libertad y a la consolidación de instituciones en las que ahora todos reflejados. —

— PETER BAUER